Pesimismo cósmico

Eugene Thacker

El pesimismo es el lado nocturno del pensamiento, un melodrama sobre la futilidad de la inteligencia, una poesía escrita en el cementerio de la filosofía. El pesimismo es una falla lírica en el pensamiento filosófico, todo intento de pensamiento claro y coherente, taciturno y sumergido en la oculta alegría de su propia inutilidad. Lo más cercano al pesimismo que llega a [convertirse en] argumento filosófico es el jocoso y lacónico «Nunca lo conseguiremos» o, simplemente, «Estamos condenados». Todo esfuerzo condenado al fracaso, todo proyecto condenado a lo incompleto, toda vida condenada a ser invivible, todo pensamiento condenado a ser impensable.

Eugene Thacker

Pesimismo cósmico

ePub r1.1
Cervera 16.10.2017

EDICIÓN DIGITAL

Eugene Thacker, 2015
Traducción: José Pons Bertran
Ilustración de cubierta: Keith Tilford
Ilustraciones interiores: Alberto Durero, Keith Tilford
Editor digital: Cervera
ePub base r1.2
Edición digital: epublibre (EPL), 2017
Conversión a pdf: FS, 2019

No hay filosofía del pesimismo, tan solo el reverso.

Estamos condenados

Estamos condenados. El pesimismo es la cara nocturna del pensamiento, un melodrama de la futilidad del cerebro, poesía escrita en la tumba de la filosofía. El pesimismo es un fracaso lírico del pensar filosófico, con cada intento de pensamiento claro y coherente marchito y sumergido en el gozo oculto de su propia futilidad. Lo más próximo que el pesimismo llega a un argumento filosófico es en el jocoso y lacónico «Nunca lo conseguiremos», o simplemente «Estamos condenados». Todo esfuerzo está condenado a fracasar, todo proyecto está condenado a lo inacabado, toda vida a no ser vivida, todo pensamiento a no ser pensado.

El pesimismo es la forma más baja de filosofar, a menudo vilipendiada y desdeñada, meramente un síntoma de una mala actitud. Nadie necesita nunca el pesimismo de la manera en que uno necesita el optimismo para que le inspire a ganar grandes alturas, a ponerse en pie, de la manera en que uno necesita la crítica constructiva, el consejo y el reconocimiento, los libros edificantes o una palmadita en la espalda. Nadie necesita el pesimismo (si bien me gusta pensar en la idea de una autoayuda pesimista). Nadie necesita el pesimismo y, sin embargo, todo el mundo —sin excepciones— ha tenido en algún momento de su vida que afrontar el pesimismo si no como filosofía, entonces como una queja —contra sí mismo u otros, contra su propio entorno, su propia vida, contra el estado de las cosas, o el mundo en general—.

Hay escasa redención en el pesimismo, y ningún premio de consolación. A la postre, el pesimismo es una cautela de todo y de sí. El pesimismo es la forma filosófica del

desencanto —desencanto como cántico, como mantra, como voz solitaria y monofónica que se torna insignificante ante la inmensidad que la envuelve—.

Todavía estamos condenados. Nadie tiene tiempo para el pesimismo. Después de todo, el día tiene las horas que tiene. Cualquiera que sea tu temperamento, feliz o triste, comprometido o no, conocemos el pesimismo cuando lo oímos. Al pesimista se le suele conceptuar como el quejica, siempre apuntando a lo que está mal, sin ofrecer nunca una solución. Pero es que los pesimistas suelen ser los filósofos más tranquilos, pues sumergen sus suspiros en el letargo del descontento. No interesa a nadie el poco sonido que produce: «Esto ya lo oí con anterioridad», «dime algo que no sepa». Ruido y furia que no significan nada. Cuando plantea problemas que carecen de solución, cuando se retira a la hermética y cavernosa morada de la queja, el pesimismo es culpable del más inexcusable de los crímenes occidentales —el crimen de no hacer ver que va en serio—. El pesimismo no está a la altura de uno de los principios básicos de la filosofía —el «como si»—. Piensa como si fuera a ser de ayuda, actúa como si fuera a marcar una diferencia, habla como si hubiera algo que decir, vive como si, de hecho, no estuvieras siendo vivido por una murmurante no entidad vaga y confusa.

De haber tenido más seguridad en sí mismo y habilidades sociales más aptas, el pesimismo hubiera tornado su desencanto en una religión, posiblemente autodenominándose El Gran Rechazo. Pero hay una negación en el pesimismo que rechaza incluso ese Rechazo,

una conciencia de que, desde el principio, ya ha fracasado y de que la culminación de todo ello es que todo es en balde.

El pesimismo intenta con ahínco presentarse a sí mismo en los tonos bajos y sostenidos de una misa de réquiem, o en el rumor tectónico de un canto tibetano. Pero con frecuencia se le escapan notas disonantes que son a la par quejumbrosas y patéticas. A menudo su voz se quiebra y sus graves palabras quedan abruptamente reducidas a meras esquirlas de sonido gutural.

Acaso no sea tan malo después de todo

Acaso no sea tan malo después de todo. Si conocemos el pesimismo cuando lo oímos, eso es porque ya lo hemos oído todo antes —y no teníamos necesidad de oírlo para empezar—. La vida es lo suficientemente dura. Lo que necesitas es un cambio de actitud, una nueva apariencia, adoptar otra perspectiva… y una taza de café.

Si no escuchamos al pesimismo, eso es porque siempre es reducible a algo tan mutable como una voz. Si se menosprecia tan a menudo al pesimismo, es porque deprime a todo el mundo con su determinación en ver cada día como un mal día, aunque solo sea en virtud del hecho de que aún no es un mal día. Para el pesimismo el mundo rebosa de posibilidad negativa, la colisión de un mal humor contra un mundo impasible. De hecho, el pesimismo es el resultado de una confusión entre el mundo y un enunciado sobre el mundo, una confusión que también le impide entrar del todo en el sacrosanto vestíbulo de la filosofía. Si se descarta tan a menudo al pesimismo, eso se debe a que a menudo resulta imposible separar un «mal humor» de una proposición filosófica (¿y no es cierto que todas las filosofías brotan de un mal humor?).

El propio término «pesimismo» sugiere una escuela de pensamiento, un movimiento, incluso una comunidad. Pero el pesimismo siempre se compone de un miembro —quizás dos—. Lo ideal, por supuesto, sería que careciera de miembros, con tan solo una ilegible nota garabateada que dejó alguien sumido en el olvido desde hace mucho tiempo. Pero esto no parece realista, si bien uno siempre puede albergar esperanzas.

Anatomía del pesimismo. Aunque pueda emplazarse en los márgenes de la filosofía, el pesimismo está igual de sujeto al análisis filosófico que cualquier otra forma de pensar.

El lirismo del fracaso en el pesimismo le confiere la estructura de la música. Lo que el tiempo es a la música de la pena, la razón lo es a una filosofía de lo peor. Las claves principales del pesimismo son el pesimismo moral y el metafísico, sus polos subjetivo y objetivo, una actitud hacia y una exigencia al mundo. Para el pesimismo moral, lo mejor es no haber nacido en ningún caso; para el pesimismo metafísico este es el peor de todos los mundos posibles. Para el pesimismo moral, el problema reside en el solipsismo de los seres humanos, el mundo hecho a nuestra propia semejanza, un mundo-para-nosotros. Para el pesimismo metafísico, el problema es el solipsismo del mundo, objetado y proyectado como mundo-en-sí. Tanto el pesimismo moral como el metafísico se ven comprometidos filosóficamente; el pesimismo moral por su incapacidad para localizar lo humano dentro de un contexto más grande no humano, y el pesimismo metafísico por su incapacidad para reconocer la convivencia en la propia exigencia de realismo.

Así es como el pesimismo compone su música de lo peor, una misantropía generalizada sin el *anthropos*. El pesimismo cristaliza en torno a esta futilidad —es su amor fati, vertido en una forma musical—.

Melancolía de la anatomía. Hay una lógica del pesimismo que es fundamental en su sospecha del sistema filosófico. El pesimismo conlleva un *enunciado* sobre una *condición.* En el pesimismo cada enunciado se reduce a una afirmación o a una negación, al igual que cualquier condición se reduce a lo mejor o a lo peor.

Con Schopenhauer, ese archipesimista, el pensador para quien el filósofo y el cascarrabias se solapan perfectamente, vemos un decir-no a lo peor, un decir-no que desea secretamente un decir-sí (mediante el ascetismo, el misticismo, el quietismo), incluso si este decir-sí oculto es un horizonte en los límites de la comprensión. Con Nietzsche llega el pronunciamiento de un pesimismo dionisíaco, un pesimismo de fuerza o goce, un decir-sí a lo peor, un decir-sí al mundo como es. Y con Cioran tenemos todavía otra variación más, fútil pero lírica, un decir-no a lo peor, y un decir-no adicional a la posibilidad de cualquier otro mundo, aquí o fuera de aquí. Con estos uno se acerca, pero nunca alcanza, al abandono elaborado del pesimismo en sí.

La lógica del pesimismo se mueve a través de tres rechazos: un decir-no a lo peor (rechazo de un mundo-para-nosotros, o las lágrimas de Schopenhauer); un decir-sí a lo peor (rechazo del mundo-en-sí, o la risa de Nietzsche); y un decir-no al para-nosotros y el en-sí (doble rechazo, o el sueño de Cioran).

Llorar, reír, dormir, ¿qué otras respuestas son adecuadas a una vida que es tan indiferente?

Pesimismo cósmico. Tanto el pesimismo moral como el metafísico apuntan a otra clase, un pesimismo que no es ni

subjetivo ni objetivo, ni para-nosotros ni en-sí, sino, por el contrario, un pesimismo del mundo-sin-nosotros. Podríamos llamarlo un *pesimismo cósmico…* pero esto suena demasiado majestuoso, demasiado repleto de asombro, demasiado al regusto amargo del Gran Más Allá. Las palabras se tambalean. Y también las ideas. Y entonces tenemos un pesimismo cósmico, un pesimismo que es de principio a fin pesimismo sobre el *cosmos*, sobre la necesidad y posibilidad de orden. Los contornos del pesimismo cósmico son una drástica ampliación o reducción del punto de vista humano, la orientación no humana del espacio profundo y del tiempo profundo, y todo esto ensombrecido por una aporía, una insignificancia primordial, la imposibilidad de poder nunca dar cuenta de forma adecuada de la relación que uno tiene con el pensamiento —todo lo que queda del pesimismo son los desiderata de los afectos— agonístico, impasible, desafiante, recluido, repleto de pena y sacudidas ante el arquitectónico campeonato de ajedrez denominado filosofía, unas sacudidas que el pesimismo intenta elevar al nivel de una forma de arte (si bien el resultado suele ser una pantomima).

El pesimismo siempre se queda a la zaga de ser filosófico. Me duele la espalda, me duelen las rodillas. Anoche no pegué ojo. Estoy estresado y creo que al final tengo algo. El pesimismo reniega de cualquier pretensión hacia un sistema —hacia la pureza del análisis y la dignidad de la crítica—. En realidad no creíamos que lo íbamos a resolver, ¿no es cierto? Solo estábamos dejando pasar el tiempo, algo había que hacer, un gesto audaz realizado en toda su fragilidad, según reglas que acordamos olvidar y que, para empezar, nos inventamos. Todo pensamiento, marcado por una imprecisa incomprensión que lo precede y una inutilidad que lo socava. Que el pesimismo hable, con independencia de su

voz, es el testimonio cantor de esta inutilidad e incomprensión. Arriésgate y sal fuera, pierde un poco de sueño y di que lo intentaste…

Canto de la futilidad. La futilidad impregna el pesimismo. La futilidad, sin embargo, es diferente de la fatalidad y, también, de un sencillo fracaso (si bien el fracaso nunca es sencillo). El fracaso es un quebranto en el corazón de las relaciones, una fisura entre causa y efecto, una fisura tapada con prisa mediante un intento tras otro. Cuando se trata del fracaso siempre hay suficientes culpas para todos; no es culpa mía, es una dificultad técnica, es una falta de comunicación.

Para el pesimista, el fracaso es cuestión de «cuándo» y no de «si» ocurrirá —el fracaso como principio metafísico—. Todo se marchita y pasa a una oscuridad más negra que la noche, todo desde el declive melodramático de la vida de una persona hasta el momentáneo y banal parpadeo que constituye cada día. Todo lo hecho queda deshecho, todo lo dicho o sabido destinado al olvido estelar.

Cuando se amplía la escala de esta manera, el fracaso se convierte en fatalidad. La fatalidad es el hermetismo de la causa y efecto. En la fatalidad, todo lo que haces, no importa lo que sea que haces, siempre conduce a un cierto fin y, a la postre, al fin —si bien ese fin, o los medios para ese fin, permanecen ocultos en la oscuridad—. Nada de lo que haces marca una diferencia porque todo lo que haces marca una diferencia. De ahí que los efectos de tus acciones se oculten de ti, incluso cuando te engañas pensando que esta vez burlarás el orden de las cosas. Cuando nos fijamos una meta,

planeamos con antelación o pensamos las cosas con detenimiento, intentamos, en un prometeanismo diario, que la fatalidad juegue a nuestro favor, obtener un vistazo de un orden que parece enterrado en lo más profundo del tejido del universo.

Pero incluso la fatalidad posee sus consuelos. Puede que la cadena de causa y efecto esté escondida, pero eso es porque el desorden es el orden que todavía no vemos; solo se trata de que es complejo, está repartido y requiere matemáticas avanzadas. La fatalidad todavía se aferra a la suficiencia de todo lo que existe… Cuando la fatalidad renuncia incluso a esta idea, se convierte en futilidad. La futilidad surge de la funesta sospecha de que, detrás de la neblina de causalidad con la que envolvemos el mundo, solo está la indiferencia de lo que existe y de lo que no existe; a la postre, hagas lo que hagas, no te conducirá a ningún fin, un abismo irrevocable entre pensamiento y mundo. La futilidad transforma el acto de pensar en un juego de suma cero.

Canción de lo peor

Canción de lo peor. En el centro del pesimismo yace el término *pessimus*, «lo pésimo», un término tan relativo en cuanto que es absoluto. Lo peor es lo más malo que puede suceder, envuelto por el paso del tiempo o los giros y vuelcos de la fortuna. Para el pesimista, «lo pésimo» es la propensión al sufrimiento que paulatinamente ocluye cada momento de vida, hasta que se eclipsa por completo, solapándose perfectamente en la muerte… que, para el pesimista, ya no es «lo pésimo».

El pesimismo está marcado por una renuencia a moverse más allá de «lo pésimo», algo que es atribuible tan solo parcialmente a la ausencia de motivación. En el pesimismo, «lo pésimo» es la fundamentación que cede bajo cada existente —las cosas podrían ser peores *y* podrían ser mejores—. «Lo pésimo» implica invariablemente un juicio de valor, uno que se hace basándose en indicios escasos y poca experiencia; de esta manera, el archienemigo del pesimismo es su orientación moral.

Quizás por eso los optimistas son a menudo los pesimistas más severos —son optimistas que se han quedado sin opciones—. Todo indica que pronto o tarde estamos condenados sin excepción a convertirnos en esta clase de optimistas (la reflexión más deprimente…).

Canción de la condenación. La condenación y lo sombrío son las formas de consolación para cualquier filosofía

pesimista. Sin ser enteramente ni afectos ni conceptos, la condenación y lo sombrío transforman el pesimismo en una mortificación de la filosofía. La condenación no es solo la sensación de que todas las cosas saldrán mal, sino de que todas las cosas, inevitablemente, llegan a su fin, con independencia de que lleguen o no a su fin. Lo que emerge de la condenación es un sentido de lo no humano como atractor, un horizonte hacia el que lo humano se ve fatalmente atraído. La condenación es la humanidad entregada a lo no humano en un acto de abnegación cristalina.

Lo sombrío no es solo la ansiedad que precede a la condenación. Lo sombrío es atmosférico, un clima tanto como una impresión, y si la gente también siente lo sombrío, se trata simplemente de un derivado de una atmósfera anodina que solo tiene que ver con los seres humanos de forma accesoria. Más climatológico que psicológico, lo sombrío es la materia prima de los cielos tenues, brumosos, encapotados, de las ruinas y las tumbas infestadas por la vegetación, de una letárgica niebla lloviznosa que se desplaza con la misma languidez que nuestra escucha acuclillada y sombría de un mundo indiferente.

En cierto sentido, lo sombrío es el contrapunto a la condenación —lo que la futilidad es a lo primero, la fatalidad lo es a lo segundo—. La condenación está marcada por la temporalidad —con todas las cosas precariamente atraídas a su fin—, mientras que lo sombrío es la austeridad de la inmovilidad, todas las cosas tristes, estáticas y suspendidas, cerniéndose sobre piedras recubiertas de liquen frío y abetos calados. Si la condenación es el terror de la temporalidad y la muerte, entonces lo sombrío es el horror de cernirse sobre la estasis que es la vida.

Me gusta imaginar que solo esta comprensión es el hilo conductor entre los campos crematorios de los aghoris y los poetas de la Graveyard School.

Canción del fastidio. Existe una intolerancia en el pesimismo que no conoce límites. En el pesimismo, el fastidio comienza con fijarse en un objeto particular de fastidio: algo que uno apenas conoce, o alguien a quien uno conoce demasiado bien; el fastidio de una persona o el fastidio de toda la humanidad; un fastidio espectacular o banal; el fastidio que provoca un vecino ruidoso, un perro que aúlla, un batallón de caminantes, el zigzagueante idiota que camina delante de ti con su *smartphone*, las ruidosas celebraciones, las injusticias traumáticas en cualquier parte del mundo que regurgitan en un flash mediático; el fastidio que provoca esa gente ensimismada y demasiado performativa que habla demasiado alto en la mesa de al lado, las dificultades técnicas y el diagnóstico de averías, la reducción de todo a las marcas; el fastidio que produce negarse a reconocer los propios errores, de los libros de autoayuda, de la gente que lo sabe absolutamente todo y se asegura de que lo sepas, de todo el mundo, de todos los seres vivientes, de todas las cosas; del mundo, de este fastidio de planeta, de la sandez de la existencia…

El fastidio es el motor del pesimismo porque no puede ser más igualitario y expansivo, y además está fuera de control, tropezando con intuiciones que tan solo sin mucho entusiasmo cabe denominar filosóficas. El fastidio carece de la confianza y la claridad del odio, pero también carece del juicio casi cordial del desagrado. Para el pesimista, el detalle

más nimio puede ser una indicación de una futilidad metafísica tan vasta y funesta que eclipsa al propio pesimismo; un fastidio que el pesimismo coloca con cuidado más allá del horizonte de la inteligibilidad, como la experiencia del ocaso o como la frase: «lluvia de estrellas y cuchillos».

Una vez Cioran llamó a la música una «física de las lágrimas». De ser cierto, entonces quizás la metafísica sea su comentario. O su apología.

No vivimos, somos vividos. ¿Qué debería tener una filosofía para empezar con esto en vez de llegar a esto?

Canción del lamento. Una vez Nietzsche, en un comentario sobre el pesimismo, reprendió a Schopenhauer por tomarse las cosas demasiado a la ligera. Escribe: «Schopenhauer, si bien era un pesimista, *propiamente*… tocaba la flauta… Cada día después de la comida: léase sobre este punto a su biógrafo. Y una pregunta de pasada: un pesimista, un negador de Dios y del mundo, que se *detiene* ante la moral —que dice sí a la moral y toca la flauta—… ¿Cómo? ¿Es propiamente… un pesimista?».

Sabemos que, de hecho, Schopenhauer poseía una colección de instrumentos, y también sabemos que

Nietzsche componía música. No hay razón para pensar que ninguno de los dos habría prohibido la música en la República de la filosofía.

Pero la burla de Nietzsche tiene tanto que ver con la música como con el pesimismo. Pues para el pesimista que dice no a todo y sin embargo encuentra alivio en la música, el decir-no del pesimismo solo puede ser una manera débil de decir sí —el enunciado más grave minado por la más voluble réplica—. Lo mínimo que Schopenhauer podía haber hecho es haber tocado el contrabajo.

No soy un gran fan de la flauta o, de hecho, de los instrumentos de viento en general. Pero lo que Nietzsche olvida es el papel que la flauta jugó históricamente en la tragedia griega. En la tragedia, la flauta *{aulós)* no es un instrumento de levedad y gozo, sino de soledad y pena. El *aulós* griego no solo expresa la aflicción por una pérdida trágica, sino que lo hace de una forma que convierte al lloro y al canto en inseparables el uno del otro. Los estudiosos de la tragedia griega se refieren a esto como la «voz del duelo». Situada fuera de los rituales cívicos más oficiales, la voz del duelo de la tragedia griega amenaza constantemente con disolver la canción en un lamento, la música en un gemido, y la voz en una antimúsica primordial y desarticulada. La voz del duelo delinea todas las formas de sufrimiento: lágrimas, lloros, sollozos, gemidos y las convulsiones del pensamiento reducidas a una ininteligibilidad elemental.

¿Hemos rescatado a Schopenhauer de Nietzsche? Probablemente no. Quizás Schopenhauer tocaba la flauta para acordarse de la función real de la voz del duelo; pena, suspiros y lamentos que dejan de ser distinguibles de la música, el derrumbamiento de lo humano en lo no humano. El mayor fracaso del pesimismo.

Canción de la nada. En el pensamiento budista, la primera noble verdad se condensa en el término pali *Duhkha*, convencionalmente traducido como «sufrimiento», «pesar» o «miseria».

Es probable que Schopenhauer, al leer los textos budistas que tenía a su disposición, reconociera una filiación con el concepto de *Duhkha*. Pero se trata de un término polifacético. Sin duda, está *Duhkha* en el sentido usual del sufrimiento, conflicto y pérdida asociados con vivir una vida. Pero ello, a su vez, está subordinado a la finitud y la temporalidad, la existencia como algo determinado por la transitoriedad y la imperfección. Y esto, a la postre, indica la manera en que tanto el sufrimiento como la finitud están fundados en la paradójica ausencia de fundamento de *Duhkba* en cuanto que principio metafísico —la insustancialidad y vacío de todo lo que es—. Más allá de lo que es peor para mí, más allá de un mundo ordenado para lo peor, está el vacío del sufrimiento impersonal… las lágrimas del cosmos.

En este contexto, resulta fácil ver cómo el pesimismo de Schopenhauer intenta comprimir todos los aspectos de *Duhkha* en una nada en el núcleo de la existencia, una «abulia» (*Willenlosigkeit*) que discurre por la voluntad. Lo que sí es cierto es que con Schopenhauer no encontramos el rostro «siempre sonriente» del Buda, ¿verdad?

Los textos del Canon Pali también contienen listas de los diferentes tipos de felicidad —incluida la felicidad de la renuncia y la bastante extraña felicidad del desapego—. Pero el budismo considera incluso los distintos tipos de felicidad

como parte de *Duhkha*, en este sentido final de inexistencia y vacío. Quizás Schopenhauer entendió el budismo mejor de lo que normalmente se le reconoce. Lamento vacío, un lirismo de la indiferencia. El resultado es una extraña y a la postre insostenible forma nocturna de budismo.

Canción del sueño. Somnus, también conocido por su nombre griego Hipnos, es el dios del sueño —y no el dios de los sueños—. Somnus aparece de forma fugaz en *Las metamorfosis* de Ovidio, donde se le describe viviendo en una cueva oscura, oculto por una suerte de duermevela perpetua. Al igual que los gatos, Somnus está más tiempo dormido que despierto, lo que convierte los términos dormido y despierto en problemáticos.

En la década de 1920, el poeta surrealista Robert Desnos participa en las veladas espiritistas que tienen lugar en el apartamento de André Bretón en la rué de Fontaine. Pero cuando comenzó el «periodo de ataques de sueño» de los surrealistas, se trataba de un pretencioso juego de sociedad, unos poetas jugando con un tablero ouija. Eso fue hasta que apareció Desnos. Se dio la circunstancia de que poseía —para su propia sorpresa— un don para autoinducirse el sueño. Podía hacerlo en el acto, incluso en medio de un bullicioso café parisino. En ese estado, se le podían formular preguntas y sus respuestas eran extrañas y sorprendentes, unas veces habladas, otras por escrito, e incluso otras dibujando. Cuando se le instaba, daba a conocer relatos enteros de corte fantástico, que entremezclaban elementos mitológicos y de la cultura popular, recubiertos de un lirismo todavía sin parangón en la literatura del periodo. Uno de los libros de

Desnos de este periodo se titula *Duelo por duelo*: «Pero, ¿qué tendrán que decir los humanos cuando se enfrenten a esta grandes movilizaciones de los mundos mineral y vegetal, siendo ellos mismos el juguete inestable de los juegos absurdos del torbellino y del matrimonio entre elementos menores y los abismos que separan a las palabras que retumban?».

Pesimismo: el fracaso del sonido y el sentido

Pesimismo: el fracaso del sonido y el sentido, la desarticulación de *foné* y *logos.*

Tú, la Noche, y la Música. En un sugerente pasaje, Schopenhauer observó una vez que «la música es la melodía cuyo texto es el mundo».

Dada la visión de Schopenhauer de la vida —que la vida es sufrimiento, que la vida humana es absurda, y que la nada antes de mi nacimiento es igual a la nada tras mi muerte—, dado todo esto, uno se pregunta qué clase de música tenía en mente Schopenhauer cuando describió la música como \a melodía cuyo texto es el mundo. ¿Se trataba de una ópera, un réquiem, una misa, un madrigal o una canción de bebida? ¿O algo del tipo *Eine kleine Nachtmusik,* una pequeña tonada nocturna para el crepúsculo del pensamiento, un lúgubre nocturno para la cara oculta de la lógica, una era de alas tristes cantada por una solitaria *banshee*?

Acaso la música que Schopenhauer tenía en mente fuera música eliminada a no música. Un susurro hubiera bastado. Quizás un suspiro fatigado o resignado, quizás un gemido de desesperación o pena. Quizás un sonido articulado tan solo para poder ser oído al disiparse.

Todo se disipa en el éter y las ingrávidas lluvias. En el

silencio sumergido, cristales con forma de algas emergen sin habla. Mares de indiferencia.

Las lágrimas de Kant. Cioran escribió una vez: «Me aparté de la filosofía en el momento en que se hizo imposible descubrir en Kant ninguna debilidad humana, ningún acento de verdadera tristeza; ni en Kant ni en ninguno de los demás filósofos». Yo suelo volver a Kant, pero por las razones opuestas. Cada vez que leo, y soy testigo de la construcción austera y brillante de un sistema, no puedo evitar sentir una cierta tristeza; el propio edificio es en cierto sentido deprimente.

Si un pensador como Schopenhauer posee alguna cualidad que lo salve, esa es que identificó la gran mentira de la cultura occidental: la preferencia por la existencia sobre la no existencia. Tal y como señala: «Si se llamara a las tumbas y se preguntara a los muertos si quieren volver a levantarse dirían que "no" con la cabeza».

En la cultura occidental normalmente se acepta que uno tiene que celebrar un nacimiento y ponerse de duelo por una muerte. Pero aquí tiene que haber un error. ¿No tendría más sentido ponerse de duelo por el nacimiento y celebrar la muerte? Aunque sería extraño, porque el duelo ante un nacimiento duraría, presumiblemente, durante toda la vida de la persona, de suerte que el duelo y la vida serían lo mismo.

Los seres humanos sumidos en sus pensamientos parecen cadáveres.

Parafraseando a Schopenhauer: lo que la muerte es al organismo, el sueño lo es para el individuo. Cuando descansamos, deambulamos lejos. Cuando dormimos, no vamos a ninguna parte.

Los Santos Patrones del Pesimismo. Existen santos patrones de la filosofía, si bien sus historias no son alegres. Está, por ejemplo, santa Catalina de Alejandría del siglo cuarto, o Catalina de la Rueda, cuyo nombre proviene del instrumento de tortura empleado contra ella. Estudiosa precoz de solo catorce años, Catalina fue sometida a continua persecución. Después de que todas las formas de tortura fallarán —incluido el suplicio de la rueda—, finalmente el emperador optó por decapitarla, un recordatorio violento aunque apropiado de la protectora de los filósofos.

¿Acaso el pesimismo no necesita sus propios santos patrones, aunque no sean dignos del martirio? Pero, en nuestra búsqueda, incluso los más ardientes negativistas a menudo caen en breves momentos de entusiasmo: el amor de Pascal por la soledad, el amor de Leopardi por la poesía, el amor de Schopenhauer por la música, el amor de

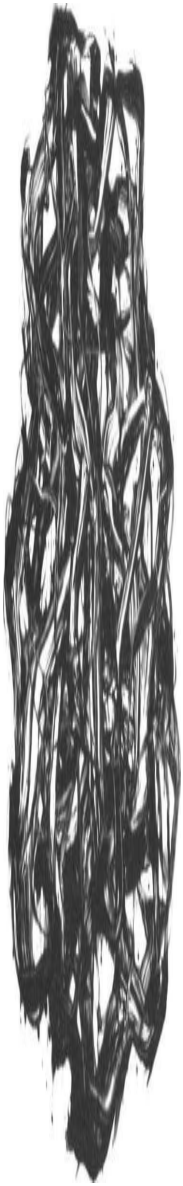
Nietzsche por Schopenhauer, etc. ¿Deberíamos entonces centrarnos en obras pesimistas concretas? Podríamos incluir la trilogía de Kierkegaard sobre el horror existencial: *El tratado de la desesperación, El concepto de la angustia*, y *Temor y temblor*, pero las tres se ven socavadas por sus autores inventados y escasamente fidedignos. Además, ¿cómo puede uno separar al pesimista del optimista en obras como *Del sentimiento trágico de la vida* de Unamuno o *El mito de Sisifo* de Camus? ¿Y qué hacer con los muchos tratados olvidados sobre el pesimismo, de entre los cuales *The Philosophy of Disenchantment* (la filosofía del desencanto) de Edgar Saltus resulta emblemático? ¿O los seguidores olvidados de Schopenhauer, algunos de los cuales, como Philipp Mainländer, se suicidaron inmediatamente después de terminar sus libros? Y esto no dice nada del pesimismo literario: el afligido Werther de Goethe, la criatura del subsuelo de Dostoyevski, el escribiente desazonado de Pessoa, el *spleen y ennui* de Baudelaire, el satanismo místico de Huysmans y Strindberg, la prosa evocadora y centelleante de Mario de Sá-Carniero, Izumi Kyoka, Clarice Lispector; el resquebrajamiento de la razón en *El ombligo de los limbos* de Artaud o *Das Haus der Krankheiten* de Unica Zürn. El viejo cascarrabias de Beckett… incluso los grandes comediantes pesimistas. Todo lo que queda es una letanía de citas parciales y notificaciones apretujadas en arbóreas galletitas de la fortuna.

Tradicionalmente los santos patrones adoptan el nombre de una localidad, ya sea el lugar de nacimiento o donde tuvieron una experiencia mística. Quizás el mejor método sea el de centrarse en los lugares en donde los pesimistas se vieron forzados a vivir su pesimismo: Schopenhauer ante una sala de conferencias vacía en Berlín, Nietzsche mudo y

convaleciente en la casa de su hermana, Wittgenstein como profesor dimisionario y jardinero solitario, Cioran forcejeando con el Alzheimer en su diminuta alcoba para escribir en el Barrio Latino.

Lacónicos y taciturnos, los santos patrones del pesimismo nunca parecen hacer un buen trabajo en lo que respecta a proteger, interceder o defender a aquellos que sufren. Acaso ellos nos necesiten más a nosotros que nosotros a ellos.

Hay un fantasma que crece dentro de nosotros



Hay un fantasma que crece dentro de nosotros, dañado en su desarrollo, y hay una cacería que surge de la necesidad, elíptica y ahogada. Donde la quietud móvil de nuestro insomnio ofrece cada pensamiento, hay un campo luminoso de inercia gris, y los sueños de obsidiana se calcinan.

Senilia. En la década de 1830, huyendo de una epidemia de cólera en Berlín, Schopenhauer escribe lo siguiente en su cuaderno de notas:

> *Cuando tenía diecisiete años y carecía todavía de toda instrucción superior, fui sobrecogido por la desolación de la vida al igual que le pasó a Buda en su juventud al contemplar la enfermedad, la vejez, el dolor y la muerte… y llegué a la conclusión de que este mundo no podía ser obra de un ser benévolo sino, en todo caso, la creación de un diablo que lo hubiese llamado a la existencia para recrearse en la contemplación de su dolor.*

Si bien Schopenhauer no era Buda, el pasaje revela algo que está en el núcleo de su pensamiento, que es el origen dual del pesimismo. Por un lado, el pesimismo es condicional, pues nace de la observación y la experiencia, pero también de la inclinación y predilección —quizás estás estresado, quizás estás deprimido, quizás algo en algún sitio te duele—. Encontramos este pesimismo condicional en Pascal, Lichtenberg y en los moralistas franceses, y aflora en

las numerosas quejas de Schopenhauer relativas a la humanidad, atrapada como está en el pedante metrónomo existencial del tedio y la porfía.

Pero Schopenhauer también hace referencia a otro origen del pesimismo que es incondicional, una suerte de sufrimiento metafísico que es el equivalente de existir, con independencia de nuestros intentos por adaptarlo todo a las razones suficientes que conforman la base de la filosofía —todas las formas de acceso son, en el mejor de los casos, sombras chinescas que al cabo se mofan de la forma humana—. Pero este pesimismo metafísico por definición tiene que fracasar de suyo.

Si la filosofía de Schopenhauer es pesimista, lo es porque el pesimismo se encuentra atrapado en algún punto entre la filosofía y una mala actitud, y el silogismo queda sepultado en el rechazo taciturno a todo lo que es, un luminoso y desestrellado rechazo de cualquier principio de suficiencia: la futilidad de la filosofía, en la clave de la filosofía. En uno de sus últimos cuadernos —que tituló «Senilia»—, Schopenhauer escribe: «Que en breve los gusanos roerán mi cuerpo es una idea que puedo soportar. Pero que los profesores de filosofía lo hagan con mi filosofía, eso me horroriza».

A tu alrededor esta noche mil millones de anatomías luciérnagas respiran y exhalan en su litúrgico resplandor que se consume lentamente.

El abismo de un libro. Empleando las metáforas de la astronomía, Schopenhauer observó una vez que había tres tipos de escritores: meteoros (el fogonazo de las modas y tendencias), planetas (la rotación fiel a la tradición) y las estrellas fijas (impertérritas y firmes). Pero en los propios escritos de Schopenhauer —aforismos, fragmentos, pensamientos deshilacliados—, uno se da demasiada cuenta de que, al cabo, todo escrito se niega a sí mismo, bien para ser olvidado bien por ser tan preciso que su resultado es el silencio.

¿Se daba cuenta Schopenhauer de qué él mismo era un cuarto tipo de escritor: el agujero negro?

El abismo de un cuaderno de notas

El abismo de un cuaderno de notas. Una vez Nietzsche alabó el valor del «pensamiento incompleto» para la filosofía. Si quisiéramos retomarlo, acaso el mejor lugar para buscar pensamientos incompletos sería en los cuadernos de notas de los filósofos. El propio Nietzsche fue un usuario metódico de estos cuadernos, que a menudo escribía solo en el lado derecho para entonces darle la vuelta al cuaderno, lo que le permitía escribir de delante hasta atrás y de atrás hacia delante. Quizás esta economía de la página se veía contrarrestada por la famosa escritura ilegible de Nietzsche.

Schopenhauer, que era no menos meticuloso que Nietzsche, prefería ocupar varios cuadernos al mismo tiempo, cuadernos de todos los tamaños —*in octavo, quarto,* folio, encuadernado y sin encuadernar—. Algunos cuadernos no se movían del escritorio de su casa, mientras que otros eran susceptibles de ser llevados durante los paseos, e incluso otros más quedaban reservados para sus viajes. Y luego está Cioran, ese sombrío merodeador del Barrio Latino, a quien le gustaban los cuadernos luminosos y abigarrados con espiral que empleaban los estudiantes…

Es casi como si el cuaderno militara contra el libro, siempre que el primero no se vea negado, en última instancia, por el segundo. Como señala Nietzsche, el pensamiento incompleto «despliega las alas de mariposa más hermosas —y se escabulle de nosotros». Asumo que Nietzsche distingue el pensamiento incompleto del pensamiento que es meramente perezoso —aunque rara vez me veo capaz de hacerlo yo mismo—.

La jovialidad de un libro. En una de sus cartas, Nietzsche detalla cómo, en octubre de 1865, descubrió el libro de Schopenhauer *El mundo como voluntad y representación* en una librería de viejo en Leipzig. Escribe:

> *Encontré un día este libro por casualidad en una librería de viejo. Ignorándolo todo sobre él, lo tomé en mis manos y me puse a hojearlo. No sé qué daemon me susurró: «Llévatelo a casa». Ocurrió, en cualquier caso, contra mi usual costumbre de no precipitarme en la compra de libros. Una vez en casa me arrojé con el tesoro recién adquirido a un ángulo del sofá y comencé a dejar que aquel genio enérgico y sombrío influyera en mí…*

Para Nietzsche, el hechizo iba a durar algún tiempo. Tal es su entusiasmo que incluso intentará convertir a otros a la filosofía de Schopenhauer, si bien a menudo sin éxito. Más tarde, Nietzsche considerará el pesimismo como algo que había que superar, un decir «sí» a este mundo tal y como es: desafortunado, indiferente, trágico. A menudo Nietzsche denomina a este horizonte «pesimismo dionisíaco». Pero es mucho lo que está en juego, acaso demasiado —incluso para Nietzsche—. En un determinado sentido, la totalidad de la filosofía de Nietzsche es un intento sostenido y concertado de sacudir el pesimismo.

Lo que siempre he querido saber es, ¿quién revendió esos ejemplares usados de Schopenhauer a esa librería de viejo? Uno normalmente revende un libro porque ha quedado insatisfecho. A veces lo hará porque ha quedado entusiasmado.

Una filosofía existe entre un axioma y un suspiro. El pesimismo es lo que vacila, lo que se cierne.

Un manual de estilo: el chiste malo, la lista de cosas que uno «tiene que hacer», el epitafio.

El pesimismo es el último refugio de la esperanza.

¿Puede uno atreverse a esperar una filosofía de lo fútil? Aforismos fosforescentes repletos de musgo, inseparables de la osificación de nuestros propios cuerpos.

El cadáver de un libro. En torno a 1658, Pascal concibió una ambiciosa obra de filosofía religiosa a la que iba a titular *Apología de la religión cristiana.* La obra no se completó pues se vio interrumpida por la muerte de Pascal cuatro años más tarde. Lo que ha sobrevivido de la obra —hoy en día conocida como los *Pensées*— acaso sea uno de los libros más incompletos de la historia de la filosofía.

Lo cierto es que la culpa de la confusión corresponde en parte al propio Pascal. Escribió sus numerosos fragmentos en grandes hojas de papel, separando cada uno mediante una línea horizontal. Cuando llenaba una hoja, procedía a cortarla por las líneas horizontales de suerte que cada fragmento quedaba contenido en un trozo de papel. Estos trozos de papel se agrupaban en pilas. Entonces Pascal practicaba un agujero en la esquina superior de cada uno de los trozos de papel y los juntaba pasando un hilo por el agujero y formando un legajo.

Muchos de los legajos estaban agrupados temáticamente —por ejemplo, los fragmentos sobre la vanidad humana o la desesperación religiosa estaban cosidos juntos—. Pero otros legajos no parecen tener ningún criterio temático en cuanto a su agrupación, y muchos de los fragmentos ni siquiera están cosidos. En la práctica, el lector se enfrenta a un libro que está, en todos los aspectos, suelto.

Lo que me llama la atención es el cuidado que Pascal puso en sus legajos, cosiéndolos como si fueran tela o una herida. En la noche del 23 de noviembre de 1654, Pascal tuvo lo que los estudiosos refieren como su «segunda conversión». Está registrada en un texto breve conocido como «Memorial». Compuesto de visiones tersas y líricas de fuego y luz, Pascal lo consignó en un diminuto trozo de papel. El papel fue cosido en el forro de su jubón para que siempre estuviera cerca de su corazón, y fue hallado junto a él cuando falleció.

Ignoro por qué, pero una parte de mí está decepcionada en secreto porque Pascal no hubiera cosido el «Memorial» directamente en su carne, quizás enhebrándolo justo debajo de su pezón izquierdo. Ahí podría haber supurado y florecido desde su pecho en líricos brotes con forma de zarcillos de un velado ópalo negro, sumergiendo

gradualmente todo su cuerpo —y más tarde su cadáver— en otras tantas motas destiladas de pensamiento ceniciento.

La vida es una cuerda floja

Kierkegaard: la vida es una cuerda floja.

Nietzsche: la vida es una comba.

Kafka: la vida es una cuerda con la que uno tropieza.

Schopenhauer: la vida es un lazo.

Cioran: la vida es un lazo atado incorrectamente.

El perfume de un libro. En su último año productivo, Nietzsche dirige su mirada atrás hacia su primer libro y observa con orgullo o con alivio que «el perfume cadavérico de Schopenhauer apenas se adhiere a unas pocas páginas».

Las ruinas de un libro. El libro de Schopenhauer *El mundo como voluntad y representación* es uno de los grandes fracasos de la filosofía sistemática. Lo que comienza con la arquitectónica iridiscente de Kant termina derrumbándose en enunciados dudosos, acusaciones furibundas contra la humanidad, evocaciones nocturnas sobre la vanidad de todos los seres, citas crípticas de los *Upanishads* y escuetas frases aforísticas enterradas en una prosa densa, una prosa que se va apagando en meditaciones sobre la nada. Schopenhauer, el kantiano *depresivo.*

El concepto de un pesimismo estadounidense es un contrasentido, lo que resulta ser una buena razón para suscribirlo.

Tristeza impersonal. Verse cubierto, como una ruina.

Clase magistral sobre el aforismo. Nietzsche emplea diversas técnicas en sus aforismos. Están, por ejemplo, sus frecuentes episodios de entusiasmo que de pronto rompen con fuerza contra las capas de ironía y sarcasmo que ha construido con tanto esmero. Por ejemplo, tras una crítica onerosa de la moral, nos sirve lo siguiente: «¡Camina hacia delante por la vía de la sabiduría, a buen paso, con toda confianza! ¡Allí donde estés, sírvete de esa fuente de experiencia que eres tú mismo! Echa por la borda el descontento que tengas de ti mismo, perdona a tu propio yo, ya que, en cualquier caso, tienes en ti una escalera de cien peldaños…». Etcétera.

Cuando era estudiante y leí por primera vez estos pasajes, quería dar brincos con Nietzsche en un acto de afirmación. Ahora, cuando los releo, casi tengo que bajar la vista avergonzado. ¿Cómo debería uno equilibrar la crítica rigurosa y cínica de la condición humana con tales explosiones de sinceridad? La culpa es mía, por supuesto, y

no de Nietzsche. Al parecer, me he vuelto inmune a su entusiasmo.

A menudo los filósofos son amantes de los libros, si bien no todos los amantes de los libros son iguales. La distancia que separa al bibliófilo del bibliómano es la misma que la que separa al optimista del pesimista.

El túnel al final de la luz. «Al igual que los estratos de la Tierra preservan en su orden las criaturas vivientes de épocas pasadas, los anaqueles de las bibliotecas conservan en su orden los errores pasados y sus exposiciones». Las palabras de Schopenhauer se expresan de forma singular en un emplazamiento como Angkor Wat, el templo ciudad en cuya entrada principal se encuentran dos bibliotecas masivas que ahora se encuentran vacías. Cuando uno entra en ellas tiene la sensación de estar en el interior de una tumba.

Desde un horizonte borroso, piscinas mansas de negro basalto perforan las rocas y nuestros propios huesos que se marchitan con suma paciencia. Flujos adormecidos de amnesia salada fluyen a través de nuestras fibrosas extremidades. Nuestros poros todos secretan una salmuera calcinada y errante.

Uno siempre tiene que *admitir* que es un pesimista.

En bosques altos de liquen cuelgan silenciosos los sueños —anomia de todo cadáver viviente—. Encumbradas asambleas de pájaro, corteza y ramaje de obsidiana se mecen en un delirio tenebroso, sin preguntar nada, aceptándolo todo.

Las proposiciones del pesimismo poseen toda la *gravitas* de un chiste malo.

Aún nos queda por determinar la posibilidad de que la depresión sea meramente material, incluso elemental. Cioran: «Si la dejáramos actuar nos destruiría hasta las uñas».

El sepulcro de un libro. Nietzsche comentó una vez que nunca pudo seguir completamente el pesimismo de Schopenhauer porque, al decir «no» al mundo, este acabaría

negándose a sí mismo —se trata de una forma de pensamiento que constantemente se socava a sí mismo—. De hecho, Schopenhauer tuvo tanto éxito siendo este tipo de pesimista que un crítico de sus libros asumió que Schopenhauer ya estaba muerto (no lo estaba, si bien, no obstante, encontró que la reseña era lamentable).

—¿Eres pesimista?

—En mis mejores días…

«Nada es tan insoportable para el hombre como estar en pleno reposo, sin pasiones, sin quehaceres, sin divertimento, sin aplicación. Siente entonces su nada, su abandono, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia, su vacío. Inmediatamente surgirán del fondo de su alma el tedio, las negruras, la tristeza, la pena, el despecho, la desesperación». En pasajes así, uno tiene la sensación de que Pascal lo estaba esperando.

Alimentados por el plancton, los ojos somnolientos por los estupefacientes agachan la mirada en dirección a lo sagrado.

En mañanas distantes estelares, exuberantes formas de oficalcita planean sin hacer ningún ruido ante el menor sonido. Bosques enteros levitan.

Sobre la acedía. En parte agotado y, de alguna manera, cansado.

Rosario de estrellas, pieles de algas, las antaño cálidas gemas opacas nocturnas. Todo pensamiento un rescoldo. El sueño desciende, el sueño asciende.

El éter de un libro. De vez en cuando uno descubre libros que han sido escritos para *no* ser leídos. Los firman oscuros y olvidados autores, la mayoría de los cuales enloquecieron o desaparecieron misteriosamente. Los propios libros son difíciles de encontrar; si uno tiene suerte, hay un ejemplar en la biblioteca de la universidad de Miskatonic (si bien es muy probable que descubras que el ejemplar ha desaparecido). Uno rara vez los menciona al azar (por ejemplo, «¿Qué estás leyendo?», «Oh, nada, sólo el *Necronomicon*»). Cuando se mencionan, se hace con una

ceremonia ominosa. El temido *Necronomicon*, el innombrable *Libro de Eibon*, el blasfemo *De Vermis Mysteriis*.

La idea de que una persona pueda volverse loca a causa de un libro resulta fantasiosa, incluso absurda —en particular hoy en día, cuando los propios libros físicos parecen desvanecerse en un éter de metadatos oblicuos y hacinados—. Estamos tan acostumbrados a consumir libros por la información que contienen que rara vez tenemos en cuenta la posibilidad de que los libros, a su vez, puedan consumirnos a nosotros. *The Bibliomania; or Book-Madness* (1809), de Thomas Frognall Dibdin, emplea un diagnóstico cuasimédico para describir a individuos que fueron consumidos por los libros, porque estaban obsesionados no sólo por su contenido sino también por su materialidad. «Hay, en primer lugar, una preferencia por los ejemplares en gran formato; en segundo lugar, por los ejemplares intonsos; en tercer lugar, por los ejemplares ilustrados; en cuarto lugar, por los ejemplares únicos; en quinto lugar, por los ejemplares impresos en papel vitela; en sexto lugar, por las ediciones príncipe; en séptimo lugar, por las ediciones raras; y en octavo lugar, por los libros impresos en letra gótica».

Anatomy of Bibliomania (1930) de Holbrook Jackson va más allá al trazar la fina línea entre la pasión por los libros (bibliofilia) y la pasión enfermiza por los libros (bibliomanía). Y la manía de poseer libros se torna de forma muy sutil en la manía de ser poseído por los libros. Jackson incluso refiere lo que sin duda constituye la cumbre de la bibliomanía: los «bibliófagos», quienes están tan consumidos por los libros que se los comen, incorporándolos con devoción a sus anatomías y borrando cualquier distinción entre lo literal y lo figurado.

Más allá de esto, está el «bibliosomne», o libro-durmiente. Se menciona de forma sucinta en el *Commentario Philobiblon*, un comentario anónimo sobre el tratado de Richard de Bury de mediados del siglo XIV. Allí se define al libro-durmiente como a una «clase especial de monje, uno que está dormido como un libro *[codex]*».

Todas las personas tienen un punto a partir del cual ya no vale la pena vivir la vida. En este sentido, todos somos pesimistas encubiertos.

Reunir un léxico de la futilidad —por qué el filósofo es en realidad un bibliotecario, el poeta un ladrón de libros—.

De la bibliomanía

De la bibliomanía. Resulta llamativo cuántas obras sobre el pesimismo están incompletas: los *Pensées* de Pascal, el *Zibaldone* de Leopardi, los *Sudelbücher* de Lichtenberg, los *Carnets* de Joubert, los fragmentos aislados de Csath, Kafka, Klíma, Pessoa… No se trata simplemente de obras que el autor no fue capaz de completar, pues se vio impedido por la enfermedad, la depresión o la distracción. Son obras diseñadas para ser incompletas —su mera existencia las torna dudosas—. Me gusta pensar que esa es la razón por la que estas obras eran tan valoradas por sus autores —pero también tan insignificantes, una gaveta llena de fragmentos anotados en papel, sin ningún orden en particular, abandonada tras la muerte, como el propio cuerpo—.

Y, a pesar de ello, incluso una obra inacabada puede ser terminada.

Tinta arabesca divaga y se envuelve alrededor de nuestros sueños ovoides. Tan solo parecemos hablar con las geometrías imprecisas de las negras arenas volcánicas. Enormes rocas con formas regularmente imposibles de carbón acribillado se ciernen sobre nosotros, como si aguardaran.

«Hojeo los libros, no los estudio». (Montaigne).

De entre los cientos de páginas que componen la *Anatomía de la melancolía*, Burton ofrece esta su más sucinta y concisa definición: «La melancolía es el carácter de la mortalidad». También añade que la melancolía es una afección crónica.

Un suspiro es el estadio último del lirismo.

En el libro que lleva el enigmático título de *Apoteosis de lo infundado*, León Chestov escribe: «Cuando una persona es joven, escribe porque le parece que ha descubierto una verdad nueva y todopoderosa que debe contar con premura a la humanidad abandonada. Más tarde, y tras haberse vuelto más modesto, comienza a dudar de sus verdades, y luego intenta convencerse a sí mismo. Pasan unos años más y se da cuenta de que estaba completamente equivocado, así que ya no tiene necesidad de autoconvencerse. Sin embargo, continua escribiendo porque ya no sirve para otro trabajo, y ser considerado una persona superflua es tan espantoso».

El punto luminoso donde la lógica deviene contemplación.

Perdido en el pensar. Durmiendo sin soñar. A la deriva en el espacio profundo.

Tras cada enunciado «no es» subyace la admisión de que «es no».

Media vita in morte sumus. ¿Acaso también los filósofos mueren filosóficamente? Nietzsche y Schopenhauer ofrecen lo que probablemente son los dos polos en este debate. El final de Nietzsche está repleto de gran drama, repleto de tantos personajes intrigantes y vuelcos de la trama que resulta incluso melodramático. Su ya mítico derrumbe en Turín mientras abrazaba a un caballo al que estaban azotando; los numerosos intentos de «curarlo», incluido uno por parte de un especialista en arteterapia (en balde); el breve y efusivo episodio de las *Wahnbriefe* o «cartas de la locura» que constituyen sus últimos escritos; el cuidado amenazante de su hermana, quien lo vestía con sacerdotales túnicas blancas para que los serviles seguidores pudieran hacer el peregrinaje al «filósofo loco»; los resultantes once años de enfermedad, parálisis y silencio, antes de su muerte el 25 de agosto de 1900. Y la muerte de Nietzsche fue tan solo el principio, pues sus manuscritos iban a ser publicados…

La muerte de Schopenhauer, por el contrario, careció tanto de dramatismo como de incidentes. Simplemente falleció mientras dormía en la mañana del 21 de septiembre

de 1860. Unos meses antes, Schopenhauer escribió a un amigo enfermizo ofreciéndole consejo: «El sueño es la fuente de toda la salud, incluso de la de naturaleza intelectual. Yo duermo siete, a menudo ocho horas; a veces nueve».

¿Qué muerte es entonces más filosófica? Quizás ninguna de las dos. Pero se presenta una tercera opción, la del autor galo del siglo XVIII Nicolás Chamfort, un escritor admirado tanto por Schopenhauer como por Nietzsche debido a sus aforismos pesimistas. La noche del 10 de septiembre de 1793, Chamfort iba a ser encarcelado por sus críticas al gobierno francés. Para no ser detenido, decidió matarse. Según un amigo, Chamfort terminó su cena con tranquilidad, se excusó y entró en su alcoba donde cargó una pistola y se disparó en la frente. Pero erró el tiro, hiriéndose la nariz y reventándose el ojo derecho. Entonces cogió una cuchilla e intentó cortarse el cuello varias veces. Todavía vivo, se apuñaló a sí mismo varias veces en el corazón sin lograr su propósito. Su último esfuerzo se centró en cortarse las muñecas, pero tampoco esto le permitió conseguir lo que deseaba. Abrumado bien por el dolor bien por la frustración, gritó y se desplomó en una silla. Apenas con vida, supuestamente dijo: «¿Qué se puede esperar? Uno nunca se las arregla para hacer algo con éxito, ni siquiera matarse».

El pesimista que no consigue morir…

Uno nunca escribe un libro de fragmentos. Con lo que uno acaba es menos que un libro. O más que un libro.

Un resplandor negro en los más profundos mares sonámbulos, invisible como nuestras articulaciones cristalinas y nuestros miembros fibrosos y tan tangible como nuestros tenebrosos teatros de duda.

NON SERVIAM

EUGENE THACKER (Nueva York, 1970) es filósofo, escritor y pofesor en la New School de Nueva York. Sus escritos tienen que ver con la filosofía del nihilismo y el pesimismo. Es admirador y seguidor de Arthur Schopenhauer, Friedrich Nietzsche, H. P. Lovecraft y Emile Cioran.

Entre sus obras principales se encuentran *Into the Influx Incision* (1994), *Hard Code: Narrating the Network Society* (2001), *Biomedia* (2004), *The Global Genome: Biotechnology, Politics, and Culture* (2005), *After Life* (2010), *In The Dust Of This Planet (Horror of Philosophy vol. 1)* (2011), *An Ideal for Living: Anti-Novel* (2014), *Starry Speculative Corpse (Horror of Philosophy Vol. 2)* (2015), *Tentacles Longer Than Night (Horror of Philosophy Vol. 3)* (2015), *Cosmic Pessimism* (2015). Varios de sus libros han sido traducidos a diversos idiomas, entre ellos el español.

Su obra ha sido una de las fuentes de inspiración para Nic Pizzolato, guionista de la serie de televisión *True Detective*.

Índice

Pesimismo cósmico 3
Estamos condenados 8
Acaso no sea tan malo después de todo 12
Canción de lo peor 19
Pesimismo: el fracaso del sonido y el sentido 28
Hay un fantasma que crece dentro de nosotros 34
El abismo de un cuaderno de notas 38
La vida es una cuerda floja 44
De la bibliomanía 53
Autor 62